



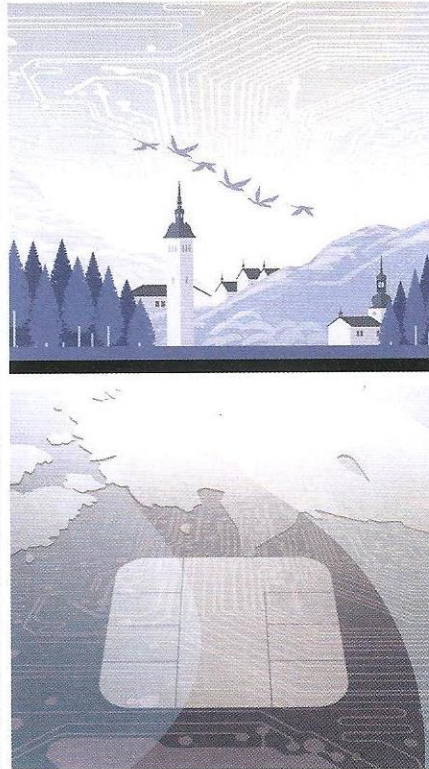
Identidad electrónica

El balcón de la Academia de Ciencias de Estonia está en lo alto de una loma que preside sobre el magnífico casco viejo de Tallinn, la capital de esta pequeña nación del nororiente europeo. Es una soleada mañana de junio y todo a mi alrededor brilla con la fugaz insolencia que trae el verano en estas latitudes; desde los adoquines medievales de la ciudad amurallada hasta las paredes teñidas de salmónes, amarillos y pasteles tropicales que la verdad no me esperaba hallar aquí. Y es que, justamente, Estonia entera es una caja de sorpresas.

Estoy aquí por invitación del Estonian Research Council y su asociación de periodistas científicos, para estudiar las investigaciones que lleva a cabo este asombrosamente progresista país. Es decir: ¿sabía el amable lector que aquí se inventó el Skype? ¡Yo no tenía idea! ¿Sabía que es la nación más conectada de Europa, y que para 2015 todos los hogares, no importa qué tan rurales sean, no sólo tendrán Internet, sino que podrán surfear la web con una banda ancha de 100 megabites por segundo? Yo tampoco. ¿O que tiene un avanzado centro de biotecnología y genética? Menos aún.

Ocupada por los soviéticos, arrasada por los nazis, violada por la guerra, Estonia, con 1.3 millones de habitantes esparcidos en 45 mil kilómetros cuadrados, tomó la decisión de manera consciente –nada de esto fue al azar– de actuar con libertad y hacerse valer por sus investigaciones tecnológicas.

Entonces, aquí se desarrollan avanzadas soluciones fotovoltaicas; nuevos conceptos en sondas espaciales; sistemas de robótica submarina; ingeniería de punta usando el grafeno a escala nanométrica; estudios genéticos poblacionales a gran escala y, quizá lo más llamativo, un modelo de sociedad digital que no existe en ninguna otra parte del mundo.



En Estonia todo ciudadano y residente tiene por obligación una tarjeta de identificación electrónica (*e-card*). Esa tarjeta es lo único que se necesita. El documento maestro. Es su pasaporte, tarjeta de débito, número de seguridad social, licencia de conducir, cédula militar, seguro médico, tarjeta de teléfono, boleto de metro y de autobús, identificación de pensionado, de estudiante, de militar; credencial para votar, registro empresarial, la manera de pagar impuestos y firma digital.

Piérdala ahora, y usted será inexistente. Piérdala en un par de años, y le será menos conveniente comprar la leche del desayuno con su tarjeta de crédito Visa, porque la *e-card* tendrá un programa de lealtad por compras, aceptado en todo el país. En pocos meses, incluso, los recibos por compras dejarán de existir en papel,

y usted obtendrá un *e-recibo*. En pocos años, apuesto a que las billeteras como tales dejarán de existir en esa nación.

La *e-card* parece una licencia de conducir, sólo que tiene un chip en su interior que, una vez leído por el servidor de cualquier entidad pública conectada a la red, pone su información a disposición de básicamente todos los demás servidores del sistema de información público y privado de Estonia.

Es decir, usted va a sacar dinero de su banco, y al hacerlo su tarjeta puede ser leída por las empresas de telecomunicaciones y de energía, por el archivo nacional de documentos, el registro de matrículas de autos, el de los seguros médicos y el de población. Pero hay más: su historial genético, que reposa entre tanques de nitrógeno en el Estonian Biobank, está disponible a hospitales y genetistas poblacionales. Y no me extrañaría que de cierta forma a compañías de seguros y farmacéuticas.

Veo el lado práctico, cómodo y transparente de la *e-card*. Los padres de familia y profesores pueden recibir y contestar mensajes de texto en tiempo real sobre la ausencia de un estudiante (se acabaron las escapadas de clase). La policía puede verificar la placa de un auto y en segundos saber si el conductor tiene antecedentes por embriaguez. Un ciudadano puede abrir una empresa nueva en 20 minutos; no sabe lo que es hacer cola en un banco, y votar o pagar sus impuestos no le toma más de tres clics.

También veo el inquietante lado del 'Gran Hermano', o el ojo del gobierno que todo lo ve. Si bien es cierto que nuestra identidad electrónica está esparcida por toda la red, hay algo perturbador en saber que uno estornuda y en alguna parte una computadora central lo registra.

Los *hackers* del planeta deben ver a Estonia como un sabueso que huele un trozo de carne fresca, relamiéndose ante la idea de intentar vencer el poderoso sistema de seguridad digital creado por el gobierno. Una fortaleza informática que podría caer como un castillo de naipes, pienso yo, con la primera revolución, anarquía, cambio de gobierno, o como lo quiera uno llamar, que pueda darse en este paraíso digital europeo. En este clima de Edward Snowden –el espía que hizo revelaciones–, la Agencia Nacional de Seguridad de Estados Unidos, y el *WikiLeaks* de Julian Assange, eso debería ser material de intensas cavilaciones. **M**